

A.M.P.

REFLEXIÓN DE SEMANA SANTA

Por: Sor María Socorro Quintana. scc

Diseño de la estrella: Marisel Gómez.

:



Hola querida amiguita misionera.

Nuevamente tienes el desafío de pasar una Semana Santa en casita, en familia, cuidándote mucho y también cuidando a los tuyos, exigiendo que usen mascarilla, se laven muy bien las manos y usen alcohol gel.

Exigir eso es tu deber en estos días, pero para exigir a los demás, primero debes dar el ejemplo.

Yo te acompañaré, porque esta semana estoy parada en el firmamento, justo encima de tu casa ¡qué alegría poder verte desde aquí todos estos días!

¿Sabes? Te voy a contar que lo que se celebra en estos días, yo lo vi, si, hace muchos años atrás, siglos, milenios, yo vi todo, porque estaba justo ahí, parada sobre Jerusalén, así que te lo relataré con gusto y mucho cariño.

Jesús iba a llegar a Jerusalén, entonces le llevaron un burrito muy joven, que quedó tan encantado con la persona de Jesús, que se dejó montar por él.

Fue un día glorioso, porque todos estaban muy contentos, conocían a Jesús y habían oído hablar de los milagros que hacía y de cómo era con la gente más sencilla.

Ellos pensaban que este gran hombre los iba a librar del gobierno de los romanos, que los iba a arrojar fuera, pero nada de eso sucedió.

Jesús celebró allí, en Jerusalén, la cena de Pascua, pero uno de sus discípulos, llamado Judas Iscariote, quien pensaba lo mismo que mucha gente, desilusionado de Jesús, porque no empezaba una rebelión contra el pueblo dominante, Roma, lo vendió a sus detractores, para que lo tomaran preso y lo ajusticiaran. Pensó que al verse Jesús en una situación extrema iba a reaccionar defendiéndose, comenzando así una revuelta tal que obligara a los romanos a emprender la retirada, dando origen a un nuevo reino hebreo. Pero eso no era lo que Jesús quería, porque no era esa su misión, aun cuando sin duda debe haber tenido deseos de que su pueblo fuera libre, pero su Padre, el Padre Dios, no lo había mandado a ser un guerrero, sino que le había encomendado llevar su Reino a todos, un Reino espiritual que traspasa fronteras territoriales y políticas, un Reino de amor y de paz.

Cuando estaba todo listo para cenar y los discípulos habían llegado, Jesús hizo un gesto de servicio, les lavó los pies, aunque todos estaban impecables para la cena, pues era una fiesta, pero con eso Jesús les enseñó que el gobierno que se ejerce sobre otras personas debe hacerse en espíritu de servicio, para el bien del otro y no para imponerse y dominar a las demás personas, exigiendo honores y atenciones para sí.

Esta enseñanza entregada en el lavatorio de los pies, no fue muy entendida al comienzo y menos para Judas, quien tenía su cabeza llena de deseos de honores y grandezas humanas y mundanas. Él quería que el Maestro reinara como los grandes de la tierra. Claramente no entendió el mensaje del Mesías, pues ahora la liberación no era terrena, como lo fue con Egipto, sino que se trataba de otra Pascua, un paso de la esclavitud que ata al mal, para quedarse en el Reino del bien, el Reino de Dios y así volver libres del pecado a la casa del Padre, para vivir una eternidad fraterna y feliz junto a él.

Durante la cena, Jesús instituyó el sacramento de la Eucaristía, es decir, convirtió el pan y el vino en su Cuerpo y su Sangre; así, ellos hicieron su Primera Comunión.

También les dio la orden y el poder de seguir convirtiendo el pan y el vino en su Cuerpo y en su Sangre, instituyendo de ese modo el sacramento del sacerdocio.

Pero Judas, que nada entendió y sólo hizo caso a sus impulsos, salió de la cena para concretizar su traición a Jesús, entregándolo en manos de sus enemigos.

Pedro prometió fidelidad a Jesús, pero él le predijo que antes que el gallo cantara lo iba a negar tres veces; Pedro no creyó esto, porque se conocía poco a sí mismo y no tenía real conciencia de su propia debilidad.

Cuando se terminó la cena, Jesús fue con sus discípulos a Getsemaní para orar, pero ellos una vez allá, se dejaron vencer por el sueño.

Jesús, que sabía muy bien lo que le iba a pasar esa noche, conversó mucho con su Padre y lloró también, él sintió angustia y miedo, fue una verdadera agonía, un sufrimiento muy grande; hubo un momento en que no quería que nada malo le

pasara y le pidió al Padre que lo librara. Entonces vino un ángel muy hermoso y lo consoló.

Judas conocía el lugar en donde estarían después de la cena, así que ahí llegó con quienes recibieron el encargo de tomar preso a Jesús. Para diferenciarlo de los demás y evitar errores, les dijo que besaría al indicado, así procedieron a la detención. Pero Pedro se lanzó a defender al Señor en forma muy agresiva, mas Jesús no aceptó este tipo de defensa, pues Pedro había herido a otro y hasta en esa situación tan complicada dio a sus discípulos lecciones de paz.

Se llevaron a Jesús, lo interrogaron, le gritaron atrevimientos, lo maltrataron mucho emocionalmente y físicamente también, pues lo tironeaban y pegaban. Como todo estaba tomando un color obscuro y la gente se estaba enterando de lo que pasaba y opinaban más en contra que a favor, Pedro tuvo miedo y ante el descubrimiento de una mujer, en forma de reproche, diciendo que él era uno de los seguidores del arrestado, Pedro lo negó, tal como le había dicho su Maestro que lo haría. Su dolor de arrepentimiento fue muy grande, pero Jesús, como siempre, lo perdonó.

Cuando Judas se dio cuenta del daño que había cometido a un inocente, trató de rescatarlo, pero lo único que consiguió fue que se burlaran de él, así que en vez de arrepentirse y perdonarse a sí mismo, junto con pedir perdón, en vez de buscar ayuda en la comunidad, en algún amigo, en otro de los discípulos, se entregó a la desesperación y se suicidó.

Después llevaron a Jesús donde las autoridades romanas y uno de ellos, Poncio Pilato, estaba muy convencido que Jesús era calumniado, que era un hombre de paz e inocente, que no era peligroso como le querían hacer creer; mas, aun así, lo

mandó a azotar. Los soldados le pegaron mucho, lo maltrataron, le dijeron groserías, se burlaron de él y le llegaron a poner una corona de espinas. Mientras tanto sus otros enemigos, convencieron a la gente que Jesús no era bueno y que todos tenían que pedir su muerte. Llegado el momento, cuando Pilatos fue muy presionado, porque la gente a coro gritaba en la calle pidiendo que crucificaran a Jesús, trató de salvarlo dando a elegir entre la vida de Jesús y la de Barrabás, quien estaba preso por tratar de hacer levantamientos contra los romanos; pero la gente gritó aún más fuerte y prefirieron a Barrabás en vez de Jesús.

Lo hicieron llevar su propia cruz, en medio del gentío que gritaba toda clase de insolencias, pero ahí, camino al Gólgota, se encontró con María, su mamá, quien lo miró con fortaleza, dándole ánimo para cumplir su misión hasta el final, pues al dar su vida estaba salvando la vida eterna de toda la humanidad, para que todos reciban el perdón de Dios y puedan ir al cielo, es decir, entrar nuevamente en la intimidad de Dios y vivir eternamente con él, como hijos suyos. Así, el mal que el ángel rebelde había esparcido por el mundo quedaba reducido, pues Jesús pudiendo salvarse de esa muerte ignominiosa, no cae en el juego del orgullo, la soberbia y el abuso de poder, pues como Hijo de Dios vino para convivir con todos en paz, no para castigar a nadie, pero las ardides del Demonio sí las derribó, al no caer en ninguna de las tentaciones que se le presentaban. Su misión era hacer el bien y su actitud fue una lección para todos aquellos que con corazón noble veían lo que pasaba e incluso para los mismos soldados que lo crucificaron. Algunos de ellos más tarde se convirtieron y dejaron entrar el Reino de Dios en su corazón.

Jesús a veces se caía, porque estaba muy maltratado y la cruz era demasiado pesada, pero se levantaba y seguía caminando, a pesar del calor, el sudor que le entraba en los ojos, boca, narices y oídos, junto con la sangre que le corría por el rostro, ya que le habían puesto una corona de espinas en la cabeza. Realmente estaba siendo muy martirizado. Pero cuando los soldados se dieron cuenta que ya estaba demasiado agotado, obligaron a Simón de Cirene a ayudarlo a llevar la cruz. Había también mujeres que lo conocían y lloraban por lo que estaba ocurriendo, pero él las animaba a ellas y una le limpió el rostro; siendo este gesto una delicadeza tan grande para ese momento, Jesús la consoló dejando su rostro estampado en el paño.

Todo esto Jesús lo sufrió con amor y mucha paciencia, ya que siendo Dios pudo haber terminado con todos de una vez, pero él justamente porque es Dios, dio posibilidad al arrepentimiento hasta el final.

Una vez llegado a la cima, lo crucificaron, pero antes de morir dijo que tenía sed y le dieron vino mezclado con hiel. Oró por todos ellos y por toda la humanidad de todos los tiempos implorando el perdón del Padre. Además, dejó a Juan a cargo de su madre y a ella a cargo de Juan, en una relación de madre e hijo. En este gesto de amor, Jesús dejó a María por mamá de todos.

Habían crucificado también a dos ladrones; uno se arrepintió y creyó en Jesús, comenzando una linda amistad con él, la que dura por toda la eternidad; pero el otro sólo tenía malas palabras para Jesús.

Cuando murió pareciera ser que hasta la naturaleza se rebeló, yo miraba desde arriba y me sentía muy apesadumbrada; hubo un gran terremoto, una tormenta terrible y el velo del templo se rasgó. Pero María estaba ahí, al pie de la cruz, valiente, esperando que le entregaran el cuerpo de su hijo.

José de Arimatea fue muy buen amigo, acompañó a su madre, al discípulo y a las discípulas presentes en esos difíciles momentos y se preocupó de ayudar a sepultar a Jesús.

Al tercer día de estos hechos, Jesús resucitó, por eso toda la creación está redimida, porque él venció a la muerte y desde ese momento toda persona que muere, si aceptó a Jesús en su vida, se va al cielo, o sea, a gozar eternamente con Dios.

Jesús prometió un reino diferente a los reinos de la tierra, pero cada uno y cada una, con su buen comportamiento, puede hacer de esta vida terrena el comienzo de ese reino y luego, después de morir podrá reinar con Jesús eternamente, así como lo hizo María, la Beata Madre Paulina y tantos santos de todos los tiempos.

Hoy niñas, Jesús está junto al Padre y al Espíritu Santo en el cielo, es muy feliz y quiere que todas Uds. y sus familias vayan también al cielo; por eso, porque el amigo Jesús nos quiere junto a él para gozar en la eternidad, es importante que aprendas todas las lecciones de amor que él dejó y las enseñes a otros, así serás una niña misionera de verdad.

Y recuerda, la primera tierra de misión es tu propia casa, tu hogar, junto a tus seres queridos.

“¡Jesús! ¡Ayer!

¡Jesús! ¡Hoy!

¡Jesús! ¡Siempre!

¡De enero a diciembre!

¡Misioneros siempre!”¹

¹ Consigna de la Infancia Misionera.